El Gran Cañonazo

Charles Gutiérrez

Capítulo 1

El Gran Cañonazo

El olor desagradable de la pestilente mierda de perro chusco había inundado todo el salón y se percibía a varios metros de distancia. Estaba escrito que ese día el aula del quinto año “A” del JEM sería el escenario de un hecho que causaría el cierre temporal del salón.

Eran tiempos de exámenes bimestrales, periodo en el que la población estudiantil solía llegar a clases más temprano que de costumbre y no precisamente para dar un último repaso previo al examen, porque la mañana es el mejor momento para el estudio o al que madruga Dios lo ayuda; si no, para ganar las carpetas más lejanas al pupitre del profesor.

Edie Robles, fue uno de los primeros alumnos en llegar al salón del quinto “A” y descubrir con repulsión la causa de tan desagradable olor. El Chascha, uno de los perros del guardián del colegio no encontró mejor lugar para hacer su excreción que al interior del aula durante su recorrido nocturno por las instalaciones del plantel. Edie, tuvo que reprimir, tapándose la boca con la mano, una súbita nausea luego de haber inhalado ese aire viciado tras su ingreso al salón de clase.

Pasado el efecto de la desagradable sorpresa, Edie aprovecho la ocasión para maquinar lo que pensó sería una insignificante broma, sin imaginar que ello afectaría por varios días el normal desempeño de los exámenes en el aula y lo que sería aún peor, provocaría el descenso en las calificaciones bimestrales de la mayoría de alumnos. Tras unos segundos de dubitación, contuvo la respiración y cubrió prolijamente la excreción con varias hojas de papel arrugado a espera del primer incauto que pisara el reciente “tapizado” hasta embarrar el piso lo suficiente como para provocar la suspensión del examen a falta de las condiciones de higiene en el aula. Solo minutos después, frente a la inquisitiva mirada del instructor del colegio, se arrepentiría de haber provocado el "disparo" que ocasionó la clausura temporal del salón, imaginándose sentado en el banquillo de los acusados en la oficina del director con la amenaza de una suspensión por conducta inapropiada y poner en grave riesgo la salud de los alumnos y profesores.

Edie, se apresuró en alejarse de la escena al escuchar el estrepitoso ruido provocado por el grupo de alumnos que a la carrera se apresuraban por llegar al salón, como si se tratase de una prueba de selección para las olimpiadas escolares de atletismo, con final de fotografía; los unos, para

evitar que les ganasen por puesta de mano sus carpetas de costumbre, los otros para dar una ojeada de último minuto a sus anotaciones y los tardones porque sabían que una vez que el profesor cerraba la puerta, no había forma de ingresar al aula hasta el término del examen. En este escenario, era mejor intentar obtener un 11 aunque no se haya estudiado pero llegado a tiempo, que quedarse sin nota por tardanza.

La mayoría de alumnos había ingresado al aula sin que ninguno notara el papel en el piso y ya sentados en sus respectivas carpetas comenzaban a murmurar sobre hedor en el ambiente e instintivamente se revisaban las suelas de sus zapatos. Cuando Edie, que observaba impaciente la bola de papel, tomo la decisión de desbaratar su propio plan invadido por una repentina sensación de culpa, fue Marcel Rivera quien asomó su nariz por la puerta del aula percatándose instintivamente del papel arrugado sobre el piso.

El impulso fue instantáneo, Marcel se precipito sobre el bulto con la habilidad de un delantero frente a un tiro de penal que definiría el torneo mundial de futbol. El potente cañonazo diseminó el contenido subyacente del "balón de oro", como una bomba fétida, hasta alcanzar con la salpicadura varias carpetas e inclusive el pupitre del profesor y uno que otro compañero de aula que en el afán de ver el espectáculo fueron sorprendidos por la onda expansiva.

Después de varios minutos de examinar la escena e interrogar incisivamente a varios de los presentes, el instructor Palomo tuvo que desistir en su intento de dar con los responsables, al ver que nadie estaba dispuesto a confesar lo sucedido. Imperó el inquebrantable código de conducta del grupo, o todos o ninguno. Cuando Palomo se percató de la mancha en el zapato derecho de Marcel, lo conmino a éste a explicarle lo sucedido y cómo es que uno de sus zapatos había adquirido esa mancha verdosa que armonizaba con el nuevo decorado mal oliente del aula.

— ¡Alumno Rivera! — se dirigió a Marcel — con ese exagerado énfasis en la letra u, que le daba un tono particular a su voz.

— Marcel, que se mantenía en posición de firmes con la mirada fija en algún punto de la pizarra, respondió con un sonoro: ¡instructor!, si mi ¡instructor! —, salpicando algunas micro partículas de saliva al aire.

— Me va explicar Usted. ¡Qué demonios pasó aquí! y ¿cómo fue que su zapato derecho ha logrado a adquirir esa textura tan distinta a la de su par izquierdo?

Marcel, a la altura de la filosofía de Sócrates, contesto:

— Yo "solo sé que nada se" — mi ¡instructor! —. Frase que ya anteriormente se le había escuchado decir, especialmente en ocasión de

los exámenes orales.

— ¡Alumno Robles! —, prosiguió con su interrogatorio esta vez observando fijamente la expresión de Edie.

— ¡Instructor!, si mi ¡Instructor! —, otro poco de micro partículas de saliva en el aire.

— Es usted el Brigadier de la sección y ¿no sabe nada?, se encargará de resolver este asqueroso asunto y darme el nombre de los responsables y los quiero para ayer en mi oficina, de lo contrario Usted asumirá las consecuencias. ¿Comprendido?

— ¡Instructor!, si mi ¡Instructor!

— ¡Esto no los salvará del examen! —. Enfático, Palomo, se dirigió a todos antes de abandonar el aula, sin percatarse que, al apoyar su puntero en el piso que llevaba a modo de bastón, termino llevándose también un recuerdo de la gran explosión.

En todos los años que llevaba Palomo como instructor del colegio Juan Espinoza Medrano, jamás había presenciado una escena tan inmunda como la que acababa de ver en el Aula del quinto año "A" y no descansaría hasta dar con los responsables. Estaba firmemente dispuesto a llegar hasta el fondo de este asunto.

Una gota de sudor frio se deslizó por la frente de Edie. ¿Cómo haría para salir libre de esta situación?, si todo había sido idea suya y además había actuado solo. Sabía, además, que no podía culpar al Chascha de todo este embrollo, al menos respecto las manchas en las carpetas y paredes del salón. Varios minutos después aun le retumbaba en su cabeza la última frase de Palomo.

— Tal vez sería mejor confesarlo todo y con un poco de suerte quizá me perdone la vida —. El pensamiento de Edie divaga en estas conjeturas mientras se dirigía a la oficina del Instructor. De algo si estaba seguro, Palomo lo estaría esperando dispuesto a cumplir su amenaza.

Después del examen, del que la mayoría se quejó porque finalmente tuvo que rendirse en las graderías del segundo patio del colegio y en un tiempo menor al acostumbrado, se le vio a Edie Robles con mandil, guantes y escoba en mano ingresar al salón para realizar la limpieza, luego que confesara en la oficina del instructor que de lo único que estaba seguro era que la cagada en el aula no era de humano y que el hecho de saber cómo es que carpetas y paredes se habían manchado de esa forma, era más bien un asunto de la policía; pero que asumía la responsabilidad como brigadier que era, al no haber identificado culpables. Versión que Palomo no creyó del todo; pero que, al tratarse de la primera

amonestación en el historial de comportamiento de Edie, decidió darle una segunda oportunidad.

Edie aceptó con alivio y resignación el castigo de limpiar el aula y ayudar voluntariamente en esa tarea por toda la semana, a tener que presentarse con sus padres en la oficina del Director, eso significaría por lo menos tres meses sin salida, además de prometer que incidentes como él que acababa de suceder nunca más se volvería a "oler" en el salón del quinto "A" del JEM, al menos en lo que restaba del año escolar.

Marcel, en un noble acto de compañerismo, no dudo en echarle una mano a Edie en la tarea de limpieza del salón, acto que luego fue imitado por el resto de alumnos siguiendo el mismo código de conducta del grupo, o todos o ninguno, aunque los demás solo apoyaran en la tarea señalando desde fuera del salón los espacios en los que las escobas de Edie y Marcel faltaban recorrer.

A pesar de la esmerada limpieza del aula, varios días después aun persistía el olor y el recuerdo de aquel "cañonazo", que se conmemoraba cada vez que Marcel era elegido unánimemente en las ocasiones en que había de realizar un disparo de tiro libre o penal, en nuestras acostumbradas pichangas a la hora del recreo. ¡Marcel!, hazte un tiro como aquel en el salón y veras que no hay arqueo que lo ataje. Retrocedía unos pasos del punto de penal, calculaba la distancia hacia el arco para decidir la fuerza y dirección que le daría balón, y antes de patear se dirigía a todos diciendo: ¡Apartense!, que este tiro va ser la cagada.

SOZ.